

Sede, el 25 de febrero de 1145. En tanto que estos vasallos rebeldes trataban de despojar á Lucio II de su soberanía, Alfonso Enriquez I, proclamado rey de Portugal en el campo de batalla de Castro-Verde en 1139, donde acababa de vencer cinco reyes moros ligados contra él, enviaba al papa una embajada solemne encargada de declarar á Portugal feudatario de la Iglesia romana, con empeño contraído de pagar á San Pedro un tributo anual de cuatro onzas de oro.

§ V. PONTIFICADO DE EUGENIO III (27 de febrero de 1145-8 de julio de 1153).

28. Muy críticas eran las circunstancias: tenia la Iglesia necesidad de una cabeza: dos dias despues de la muerte de Lucio II los cardenales le dieron por sucesor á Bernardo de Pisa, monje de Claraval antes, y luego abad de San Anastasio de Roma, monasterio fundado por el ilustre abad de Claraval. Tomó el nombre de Eugenio III, y se verificó su ordenacion el 4 de marzo en el monasterio de Farfa, á donde le habian obligado á retirarse los desórdenes de Roma, abriéndose de este modo su pontificado en el destierro. El nuevo papa habia sido uno de los discípulos predilectos de san Bernardo; y cuando este supo la noticia de su advenimiento, se conmovió mucho. « ¿Qué habeis hecho? les escribió á los cardenales. Habeis » llamado entre vosotros á un hombre que estaba ya en el » sepulcro! Habeis vuelto á sumir en las luchas y peligros del » mundo al que habia ya huido del mundo y sus peligros! del » último habeis hecho el primero, mas su último estado es » peor que el primero. Pero Dios, que escogió á David su » siervo, no siendo sino pastor, para hacerlo rey, acaba tam- » bien de llamar por vuestra boca á Eugenio al gobierno de » su Iglesia. Sí, el dedo de Dios está ahí. » La carta que san Bernardo escribió al mismo tiempo al papa es obra maestra de ternura y gracia. « La noticia de las grandes cosas que ha » hecho el Señor en vos ha llegado hasta estos desiertos. Yo » esperaba un mensaje de vuestra mano; yo esperaba *verme* » *prevenido por vos en bendiciones de dulzura*. Yo esperaba

» que uno de mis hijos viniese á dulcificar el dolor del padre » y decirle: *Josef, vuestro hijo, aun es vivo, y él es quien reina* » *en Egipto*. Yo hablaré pues á mi Señor, porque no me » atrevo ya á llamaros *mi hijo*, pues que el hijo es hecho » padre, y el padre hijo. Sí, yo soy, si os dignais recordarlo, » quien os he engendrado por el Evangelio. ¿Y cuál es ahora » mi esperanza, mi gozo, mi corona de gloria? ¿No sois vos » ante Dios? Sin embargo, en adelante no seréis ya llamado » *hijo*, sino con el nuevo nombre que el Señor mismo os ha » dado. Y con todo, aunque haya perdido el título de padre » respecto de Vuestra Santidad, tengo empero los temores, » los cuidados azarosos. Yo miro vuestra elevacion, y tiemblo » por los peligros. ¿Quién me dará el que antes que muera » vea la Iglesia vuelta al esplendor de sus antiguos dias, » cuando los Apóstoles echaban sus redes, no para cazar oro » ni plata, sino para pescar almas? Feliz yo, si os oyera decir » á todos los simoníacos, como aquel cuya cátedra ocupais: » ¡Perezca el dinero con vosotros! Lo que de vos exige nues- » tra madre la Iglesia, lo que desean todos sus hijos, es que » toda planta que no haya plantado el Padre celestial sea » arrancada de cuajo por vuestras manos; porque habeis sido » establecido sobre las naciones y reinos para arrancar y des- » truir, para plantar y edificar. Sosteneos pues, señor, con » vigor en la posesion de los bienes que Dios os ha dado. Sin » embargo no os olvidéis de que sois hombre y que Dios lleva » en su mano los destinos de los reyes. ¡Cuántos pontífices » romanos han muerto en poco tiempo á nuestra vista! Su » reinado, tan corto, os amonesta que el vuestro lo será » tambien. Vos les habeis sucedido en el trono, y un dia les » seguiréis en la tumba! »

29. Eugenio III se mostró digno de este lenguaje, y desplegó durante el curso de su pontificado la vigilancia y firmeza que le recomendaba san Bernardo. El primer acto de su gobierno fué excomulgar á Jordano, patricio revolucionario, á Arnolfo de Brescia y á sus partidarios. El pueblo de Roma no habia tardado en reconocer por experiencia funesta que el

yugo de sus pretendidos libertadores era yugo de hierro. Echaba de menos la mano paterna de sus pontífices; así es que se manifestó muy pronto una reacción en la ciudad, y fueron diputados á Eugenio III enviadós para suplicarle perdonase al pueblo y contase con su sumisión. Se abolió el patriciado, y huyeron Jordano y Arnaldo de Brescia. El papa, lleno de misericordia, perdonó á todos los culpables. « Sobre- » vino un júbilo inmenso, dice Othon de Frisingen, autor » contemporáneo, para toda la ciudad con el inesperado re- » greso del pontífice. El pueblo le salió al encuentro con » ramos verdes; se postraban á sus piés, besaban sus huellas, » y le abrazaban á porfía. Ondeaban las banderas, y salían » oficiales y jueces al camino. Hasta los Judíos tomaban parte » en este júbilo universal é iban en procesion llevando en sus » hombros la ley de Moisés. Los Romanos cantaban: ¡Bendito » sea el que viene en nombre del Señor! » (año 1145). San Bernardo, solícito por la salvacion de Eugenio III, le dedicó su magnífica obra *De Consideratione*, que es un verdadero Manual de reyes y pontífices. Expone en ella todos los deberes y escollos de la soberanía: san Pio V la hacia leer diariamente á la mesa.

30. Mas llegó en este mismo año la cruel noticia de la toma de Edesa por Zenghi, emir de Mossoul, cuyo hijo Noureddin amenazaba á Antioquía. En Jerusalem Foulques de Anjou, yerno y sucesor de Balduino II, despues de haber peleado continuamente contra los infieles, murió de una caída de caballo, y solo dejaba dos hijos niños. La reina Melisenda, su madre, hizo coronar al mayor, de edad de doce años, bajo el nombre de Balduino III. Los Sarracenos creyeron el momento favorable para arrojar á los cruzados de sus conquistas. Volvieron á tomar á Ascalon y amenazaban la ciudad santa. El obispo de Gabala, en la Siria, fué comisionado para participar todos esos desastres al Occidente. Contaba con lágrimas que todos los cristianos de Edesa habian sido descuartizados, profanadas y saqueadas las iglesias, y pisoteadas por los caballos las santas reliquias. La grandeza del peligro despertó en todas

partes el valor caballeresco que cincuenta años antes habia estallado en el concilio de Clermont. Eugenio III encargó á san Bernardo predicase esta segunda cruzada. El ilustre abad de Claraval pedia una expedicion militar como la de Godofredo de Bouillon, cuyo mando tomase el rey de Francia. Sugerio no era de este parecer, y Luis el Joven estaba vacilante entre dos pareceres igualmente imponentes, cuando acabó de determinarle el obispo de Gabala diciendo: « Los » Francos han fundado el reino de Jerusalem, y á los Francos » toca salvarlo. » Fué pues resuelta la segunda cruzada. San Bernardo la predicó en la corte plenaria de Vezelay, el dia de Pascua de 1146, ante un concurso numerosísimo, con tanta vehemencia, que todos los asistentes exclamaron entusiasmados: « ¡La cruz, la cruz! » Se habia preparado inmensa cantidad de cruces, mas no bastaron, y hubo que hacer tantas mas, que hasta san Bernardo se vió obligado á cortar sus hábitos para este objeto. Luis VII fué el primero que tomó la cruz, y despues de él su esposa Eleonor; Roberto, conde de Dreux, su hermano; los condes de Tolosa, de Champaña, de Soissons, de Nevers y una infinidad de señores. Entre los prelados, se cita á Godofredo de Langres, Simon de Noyon, Arnaldo de Lisieux. Querian todos elegir á san Bernardo por jefe de aquel inmenso armamento, pero ni el calor ni el éxito de su elocuencia no le habian comunicado el entusiasmo de Pedro el Ermitaño. El santo abad suplicó al papa no le impusiera un papel que no era el suyo. « ¿Quién soy yo, le escribió, » para figurar como general de ejército, poner tropas en » batalla y marchar á su frente? Y aun cuando, por imposi- » ble, tuviera fuerzas y capacidad para ello, ¿qué cosa habria » mas ajena de mi profesion? » La Francia se levantó para responder á su llamamiento; y no bastando esto al celo de san Bernardo, se fué á predicar la cruzada en Alemania. No sabia la lengua de aquel país y tomó un intérprete que reproducia sus discursos. Sin embargo, su presencia, su fama y sobre todo sus milagros produjeron efectos prodigiosos. Curaciones milagrosas se verificaban á su paso por toda su larga carrera;

y así obró milagros en Espira, en presencia del rey Conrado y toda su corte, en la que á la sazón se hallaba un embajador de Constantinopla; en Friburgo, Basilea, Schaffouse, Constantza, Colonia, Aquisgran, Maestricht y otras muchas poblaciones. Estos milagros eran patentés, obrados en medio de numerosos concursos, y hasta los mismos protestantes reconocen su autenticidad. Eran como una efusión de la gracia divina sobre el mundo por medio del hombre de Dios. En Espira el rey Conrado interrumpió á san Bernardo en medio de sus ardorosas exhortaciones, y pidió la cruz con lágrimas y entusiasmo; lo que hicieron también sus dos hermanos, Enrique, duque de Suabia, y Othon, obispo de Frisingen, que ha escrito la historia de esta época, su sobrino Federico y muchos otros príncipes y señores. Se cruzaron poco después el duque de Bohemia, el marqués de Estiria y el conde de Carinthia, por manera que en algunos meses el rey de la Germania se vió al frente de doscientos mil combatientes. Al dar cuenta al soberano pontífice san Bernardo le dijo: « Vos habeis mandado, y yo he obedecido; vuestra autoridad ha hecho fecunda á mi obediencia; las villas, ciudades y palacios que dan desiertos: por do quiera se ven huérfanos y viudas cuyos padres y esposos viven. » Para precaver los desórdenes que se introdujeron en la expedición de Pedro el Ermitaño, y combatir el cruel fanatismo del monje alemán Rodolfo, que predicando la cruzada en Colonia, Maguncia y otras ciudades del Rhin, incitaba las poblaciones á matar á los Judíos como los mayores enemigos del Evangelio, el abad de Clavaval insistió en sus discursos sobre la obligación de respetar la vida de los Judíos. « Son, decia, como figuras y letras vivas que nos recuerdan los misterios de nuestra religion. Por otra parte, viven con mucha paz entre nosotros. Si hacemos guerra á los infieles es por rechazar la fuerza con la fuerza. Los guerreros cristianos no deben jamás tocar á un enemigo desarmado. »

31. Los cruzados Alemanes se dividieron en tres grandes grupos. El primero se embarcó en doscientos navíos ingleses y

flamencos, é hizo velas al Portugal, en donde Lisboa estaba aun en poder de los Moros. La ciudad fué tomada después de cuatro meses de sitio en 1147, y entregada con lo demás del reino á Alfonso Enriquez. Concluida tan felizmente esta operación, los cruzados regresaron á su patria. El segundo cuerpo volvió sus armas contra los Esclavones paganos, que desde hacia dos siglos asolaban la Sajonia y la Dinamarca. Se hizo un tratado con honrosas condiciones, pero que los Esclavones quebrantaron apenas salieron los cruzados. El tercer cuerpo debía marchar al Oriente y tomar parte directa en la cruzada propiamente dicha. De acuerdo con Luis el Joven, Conrado arregló la cuestión dudosa del itinerario que habia de seguirse. Rogerio, rey de Sicilia, que por sus continuas guerras contra el imperio de Constantinopla conocia á fondo la perfidia de los Griegos, insistió con los dos reyes para que tomasen la ruta marítima, y aun ofreció poner á su disposición bastante número de bajeles para transporte de las tropas. Este consejo era fruto de la experiencia, y el mas prudente; pero no fué seguido, y mas tarde hubo que arrepentirse de ello. Se resolvió tomar la misma ruta que Pedro el Ermitaño, y que se pasaria por Constantinopla. Conrado partió el primero, dirigiéndose al Oriente por la Hungría. Luis el Joven le iba siguiendo de cerca; y dejó en Francia con título de regente, en 1147, á su hábil y gran ministro Sugerio, que preveia desgracias y que lloraba amargamente no poderlas evitar. Las fuerzas reunidas de ambos reyes subian á muy cerca de cuatrocientos mil combatientes. Si hubiera desembarcado en el puerto de Joppe este prodigioso armamento conducido por una flota siciliana, estaba salvado el reino de Jerusalem; y la Palestina, la Siria, tal vez el Asia entera, habrian sacudido el yugo del falso profeta, y habrian sido restituidas al imperio de Cristo. Los ejércitos alemán y francés, al atravesar á Constantinopla, pudieron convencerse de la inmensa falta cometida. El emperador Manuel ⁽¹⁾, reservado como todos los

(1) Manuel habia sucedido en 1139 al hijo de Alejo Comneno, á quien sus nobles

Comnenos, acogió á Conrado y á Luis el Joven con protestaciones de celo, amistad y admiracion tan hipócritas, que Godofredo, obispo de Langres, indignado de tanta lisonja, le dijo: « Príncipe, no habéis tanto y tan largamente de la gloria, de la majestad, de la sabiduría, de la religion del rey: » él se conoce, y le conocemos; decid pronto y francamente lo que queréis. » Manuel pretendió que jurasen los cruzados que todas las ciudades del Asia conquistadas se le devolverian inmediatamente. En la discusion que se movió acerca de esta pretension en el consejo de los Latinos, pronunció el obispo de Langres estas elocuentes palabras: « Lo estais oyendo. » Los Griegos quieren que reconozcáis su imperio y os sometáis á sus leyes; es decir, que la cobardía mande al valor, que la debilidad mande á la fuerza. ¿Qué ha hecho pues esta nacion? ¿qué han hecho sus antepasados para mostrar tanto orgullo? No os hablaré aquí de los lazos que nos han tendido en todo nuestro viaje. Hemos visto los sacerdotes de Bizancio, uniendo el sarcasmo al ultraje, purificar con fuego los altares en que los nuestros habian ofrecido el santo sacrificio. Ahora exigen de nosotros juramentos que no permiten el honor. ¿No es tiempo en fin de poner coto á sus traiciones é injurias? Hasta aquí han tenido los cruzados que sufrir de sus pérfidos amigos mas que de sus enemigos declarados. De mucho há Constantinopla es una barrera importuna entre la Palestina y nosotros: debemos pues en fin abrirnos libremente el camino del Asia. Los Griegos no han sabido defender ni el sepulcro de Cristo ni ninguna de las ciudades cristianas de Oriente. Constantinopla, tenedlo

virtudes le merecieron un apodo que contrastaba con su estatura pequeña, color moreno trigueño, y feo de rostro. Se le llamó Kalo-Joannes, *Juan el Hermoso*. Se cita de él un buen rasgo de modestia y piedad. Al regreso de una expedicion contra los infieles, victoriosa y feliz, Constantinopla le decretó los honores del triunfo. El emperador halló en las puertas un carro triunfal de oro y pedrerías destinado para él. Rehusó subir en él, é hizo colocar allí la estatua de la santísima Virgen para agradecer á la Reina del cielo la proteccion que habia otorgado á su ejército. Y él, con una cruz en la mano, iba al frente del acompañamiento á pié. Manuel Comneno, su hijo, heredó su trono, mas no sus virtudes.

» entendido, será muy pronto presa de los Turcos y Bárbaros, » y por su cobardía les abrirá un día las puertas del Occidente. La necesidad, la patria, la religion, os mandan hacer lo que os propongo. Dios mismo nos llama á la ciudad de Constantino; él nos abre las puertas de esta, como abrió á nuestros padres las de Edesa, Antioquía y Jerusalem. » Si hubiera sido escuchada la voz del obispo de Langres, estaba asegurado el buen éxito de la segunda cruzada. Y en efecto, mientras que Manuel visitaba como amigo el campo de los cruzados, y adulaba bajamente al rey de Francia y á Eleonor de Aquitania; en tanto que daba á nuestros caballeros el espectáculo de los juegos del hipodromo y brillantes torneos al estilo de su patria, mantenía relaciones con el sultan de Iconio, y ponía á los Turcos al corriente de todos los proyectos del ejército latino, sin contar que hacia vender á los cruzados la harina mezclada con cal. En medio de tantas protestas de amor á los cruzados, Manuel habria querido hacerlos desaparecer con alguna aventura. Apenas hubieron pasado el Bósforo por el canal de San Jorge, la lealtad bizantina les rodeó de enemigos invisibles: ya eran guías que extraviaban ó descaminaban maliciosamente los batallones de la cruz; ya eran espías que durante las marchas largas al través de gargantas y desfiladeros de montañas, se deslizaban secretamente del cuerpo del ejército é iban á dar á los Musulmanes la hora y señal de ataque. La historia nos hace ver que las desgracias de la segunda cruzada no fueron debidas á la suerte de las armas sino á la traicion griega. « Yo no osaré pronunciar el nombre de este hombre, dice un cronista contemporáneo hablando de Manuel, porque este nombre no está escrito en el libro de la vida. »

32. El odio de los Griegos á los cruzados no podia menos de producir desastres irreparables. Al dejar á Constantinopla, Conrado avanzó por los llanos de la Anatolia, conducido por guías que le habia dado Manuel. Estos traidores hicieron entrar al ejército por medio de montes desiertos y lo abandonaron al furor del Turco. Advertido por Manuel, el sultan de Iconio